

Ignacio Higuera
SANTIAGO

Hoy presentan "Umbral", la novela inédita de Juan Emar

El eseño de ser póstumo

El misterio que rodea al proyecto literario más importante en la vida de Juan Emar, será revelado hoy, al mediodía en la Biblioteca Nacional, después de 30 años de olvido.

Destinado por su autor desde el comienzo a ser un libro póstumo, "Umbral" ve la luz finalmente gracias al esfuerzo de más de dos años del Centro de Estudios Barros Arana de la Biblioteca y su colección, "Escritores de Chile".

Impulsado por un comprensible pesimismo, dada la absoluta indiferencia a que fueron sometidos en el Chile de los años 30, sus cuatro libros publicados en vida ("Milfin", "Ayer", "Un año", "Diez"), Juan Emar decidió dedicarse desde ese momento a "Umbral", con la vehemencia de quien sabe que escribe para la posteridad.

La obra no había sido publicada hasta ahora sino a fragmentos, dada su enorme extensión y las dificultades que para un lector común, ofrece un escritor que -según el estudio de su obra, Pablo Brodsky-, se abocó en vida a realizar "una autobiografía totalizante", que exige conocer la vida del autor antes de iniciar la lectura de su obra.

Ninguna editorial se había atrevido, hasta ahora, con las más de 5.318 páginas mecanografiadas y sin corregir que se transformaron en 4.134 impresas en cinco tomos, un esfuerzo que demandó en gastos de impresión, 25 millones de pesos, sólo en 500 ejemplares.

UNA PUERTA AL ESPIRITU

Distribuidos por el autor cuidadosamente en cuatro pilares y un dintel, "Umbral" es una puerta al mundo interior de Juan Emar. Este va siendo desahogado, hasta siendo desahogado, en una especie de trinidad privada, conformada por los personajes de Onofre Borneo, Lorenzo Ángel y Rosendo Paine, quienes sucesivamente van pasando de narradores a personajes, mientras una corte de artistas, intelectuales y políticos, y diáspora, le dan vida a una narración que transcurre en varios planos de interpretación.

En ellos la mirada surrealista se mezcla con un rico vocabulario metafísico, con notables descripciones de un Chile que va desde 1927 a 1960; un París simbólico

transfigurado por la mirada del escritor y una ciudad ideal llamada San Agustín de Tango, en la que se perfila una especie de utopía personal: una urbe literaria, en la que el tiempo transcurre por distintos caminos y los espacios propician el sueño, el ensueño y el éxtasis.

"Todas y todos debemos partir. ¿Será verdad? Partir... Fácil es decirlo. Mas para partir hay que estar fecundado. Cuando me pongo a pensar si lo estaré, la duda me asalta y luego termino, indefectiblemente, inclinando-me hacia la negativa. No lo estoy aún, La Bóveda es mi gran lecho; sus ecos y sus murmullos, los incubos mentales fecundadores; mi espíritu, el viento anhelante que espera."

La reflexión de Lorenzo Ángel, en el Segundo Pilar de "Umbral", refleja en parte el dilema interior de Emar. En otro párrafo, el autor pone en boca de su personaje, lo que siente como su drama principal de aquel momento: este "consiste en no lograr tener la conciencia del momento en que se vive. De aquí cae el segundo punto: querer vivir en lo eterno".

La invención de San Agustín de Tango, ciudad bienamada aparece en el Tercer Pilar y que ya había sido descrita en el comienzo de la obra:

"... Es una hermosa ciudad y en ella se vive con pocos fríos y pocos temores. Parece que su voz de orden fue: 'Sed cualquier cosa más sedla en su totalidad'. Hay que ir, ir, ir. ¿A dónde y con qué objeto? No se sabe. La cuestión es comprender y lo más lejano posible. 'Acaso piensan sus habitantes- de tanto ir se ha de avanzar y, al avanzar, puede una sor-



Alvaro Yáñez tomó en 1923 el seudónimo de Juan Emar, cuando comenzó a publicar sus "Notas de Arte" en LA NACION, diario que su padre, Elidoro Yáñez, fundó en 1917.

presa, puede un buen hallazgo aparecer".

LA CIUDAD INTERIOR

Aunque la ubicación de esta urbe encantada (32 grados latitud sur y 72

grados longitud oeste) la sitúa físicamente a unos pocos kilómetros mar adentro, frente al balneario de Los Vilos. En espíritu, es una típica ciudad de la zona centro-sur de Chile, en la que coexis-

ten cinco grupos de claras delimitaciones.

Es en este punto donde se origina la hipótesis de un Juan Emar intentando decir algo acerca de su época y de los contemporáneos. Desde su

claves personales, define a estos grupos. Están los de la "Taberna de los descalzos", donde concurren el jazz y el tango, mujeres, adictos y creyentes a intercambiar desde chismes hasta afirmaciones de alto vuelo filosófico.

También está el taller del pintor Rubén de Loa, donde por las tardes se reúnen diletantes y entendidos. Ahí los temas antropológicos -China India, Egipto o Grecia- se suceden a los estéticos Fidiás, Greco, Velázquez..., y sólo se interrumpen para... ir a comer.

También están la agrupación Ulpii, sigla que reúne a una supuesta Unión de Laboratoristas en Pro de un Inmenso Futuro, (una sociedad de sabios); el convento de los Jerónimos (donde una serie de iluminados siguen el principio hindú de "No hay religión más elevada que la verdad") y el Club Cero, que antiguamente era el Club Marxista.

EN EL CENTRO DE LA TIERRA

Entre comentarios velados acerca de lo humano y lo divino, los distintos alter ego del autor van siendo biografiados por un narrador múltiple que a su vez se transforma en cada uno de ellos y asume sus propias pasiones y razonamientos.

Finalmente en "Dintel", escrito alrededor de 1960, Onofre Borneo emprende, cual "Divina Comedia", un viaje al infierno (en realidad sólo se trata de una excursión al centro de la Tierra) acompañado nada menos que del diablo, representado por un tal Palenque de Costamota, quien provoca al autor la cita a Max Heindel y su libro "Concepción Rosacruz del cosmos".

La transfiguración de su autor se acentúa aquí, múltiple y totalizante. La búsqueda del absoluto parece concluir, al menos literariamente.

"Ya no había ni rastos de aquel fondo de la Tierra adonde había caído yo... adonde había caído... ¿Juan Emar? Sí, puesto que, según decían, había muerto el personaje. Es decir, había muerto Onofre Borneo, y él, Onofre Borneo, es el que sustenta la vida del otro, de Juan Emar".

Emar y las "Notas de Arte"

Alvaro Yáñez tomó el seudónimo de Juan Emar en 1923, cuando comenzó a publicar sus "Notas de Arte" en LA NACION, diario que su padre, Elidoro Yáñez había fundado en 1917.

Alvaro Yáñez Bianchi había escogido el apodo como una metonimia de "J'en ai marre", que en español quiere decir "estoy harto". Nacido en 1893, a los 15 años viajó por primera vez a Europa junto a su padre. Yendo y viniendo entre el Viejo y el Nuevo Mundo, Emar se empapó rápidamente de las nuevas corrientes pictóricas y literarias que pronto sacudirían el mundo, ya bastante a maltraer con la Gran Guerra.

Desde las "Notas de Arte", Emar se dedicaría a

remercer el espacio rigurosamente reglamentado, en especial en el ámbito de la plástica, presentando al grupo Montparnasse y a una serie de escritores emergentes como Neruda y Huidobro:

"Con buena fe y buena lógica creímos que los recibidores de estas noticias nos brindarían mil felicitaciones y agradecimientos, nos saciarían por las calles en andas... y nos obscurarían al final del recorrido triunfal una flor, por lo menos; o un plato de porotos... ¡qué diablo!

¡Nada!

Se indignaron." ("Umbral", Primer Pilar, capítulo III).